
Naturaleza, sociedad e historia en América Latina

Guillermo Castro Herrera*

Uno de los problemas más graves que plantea la crisis por la que atraviesa América Latina consiste en la exacerbación de una economía de rapiña¹ que propicia un constante incremento en el ritmo de destrucción a que se ven sometidos los recursos humanos y naturales de los que tendrá que depender la región para encontrar salida a sus problemas. Esa situación, por otra parte, es menos novedosa de lo que quizás parece a primera vista: ya en 1990 se empezaba a reconocer la presencia de sus manifestaciones “desde mucho antes de la crisis, tanto en las acciones humanas como en los fenómenos naturales”, aunque por entonces era aún reciente un cambio en “la percepción y calificación” de esos “impactos negativos del deterioro ambiental” (CEPAL, 1992: 21).

En el debate asociado a ese cambio de percepción figura de manera destacada el problema planteado por la coincidencia de los procesos de deterioro social y degradación ambiental que caracterizaron la última década del siglo XX en América Latina. En el primer caso, por ejemplo, si en 1993 “un importante aumento en la incidencia de la pobreza”, aunado a “un deterioro de la distribución del ingreso” en todos los países de la región, daba lugar a que “casi 200 millones de personas sólo pueden acceder a los mínimos necesarios, mientras 94 millones de latinoamericanos sólo cuentan con recursos económicos para comer lo mínimo indispensable” (Rosenthal, 1993)², en el 2000 se señalaba que no menos de 220 millones de latinoamericanos vivían en esa situación (CEPAL, 2000: 1).

* Licenciado en Letras, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 1973. Maestro en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas, UNAM, 1980. Doctor en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía, UNAM, 1995.

Por lo que toca al mundo natural, a su vez, la dramática situación de deterioro descrita en múltiples documentos preparados de cara a la Cumbre Mundial sobre Desarrollo y Medio Ambiente realizada en Río de Janeiro en 1992³ evolucionó en términos muy semejantes. De este modo, en la edición latinoamericana del informe *GEO 2000 - Perspectivas del Medio Ambiente*, elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), se sostenía que:

“Las dos causas principales de principales de la degradación ambiental en el mundo son la pobreza persistente de la mayoría de los habitantes del planeta y el consumo excesivo por parte de la minoría. En los países de América Latina y el Caribe -al igual que en otras regiones similares del mundo- existe un conjunto de presiones socioeconómicas similares que afectan el ambiente: la pobreza y la desigualdad de ingresos están entre las más graves” (PNUMA, 2000: 9)⁴.

La respuesta usual a las preguntas que resultan de la relación que pueda existir entre esos procesos consiste, como sabemos, en afirmar que la pobreza social es un importante factor en el empobrecimiento del mundo natural. En esa perspectiva, la reducción de la pobreza -especialmente a través del crecimiento económico, como se lo entiende en las políticas de “ajuste estructural” y reforma del estado promovidas por las instituciones financieras internacionales y ejecutadas con singular entusiasmo por la mayoría de los gobiernos de la región-, debería bastar para preservar a la naturaleza de un deterioro aún mayor. Desde muy temprano, sin embargo, otras opiniones -planteadas desde una perspectiva distinta, más complicadas en sus implicaciones políticas, económicas y culturales para nuestras sociedades, y bastante menos populares entre los gobiernos y los principales medios de comunicación de nuestras sociedades- pusieron aquellas certezas aparentes en cuestión.

Aquí, científicos sociales de trayectorias académicas y enfoques ideológicos muy distintos -como Fernando Tudela en México, y Juan Jované en Panamá, por ejemplo- coincidieron en que el empobrecimiento social y el del mundo natural son el resultado de un mismo conjunto de causas estructurales que han venido operando a lo largo de períodos muy prolongados en la región (Jované, 1992; Tudela, 1991: 14-16). Con ello, los problemas de las que hablamos son el resultado de las formas en que nuestras sociedades han sido organizadas para cumplir determinadas funciones dentro del sistema mundial realmente existente, en particular a lo largo de los últimos ciento cincuenta años⁵. Desde muy temprano, pues, pareció evidente que un mayor crecimiento económico -de ocurrir en el marco de esas formas de organización- no podría garantizar por sí mismo la solución del problema planteado y, por el contrario, bien podría contribuir a agravarlo aún más.

En este sentido, cuando observamos que en 1991 los diez productos más importantes de exportación de América Latina eran esencialmente los mismos que en 1891 -en cantidades mucho mayores, por supuesto, y con precios unitarios mu-

cho menores⁶-, resalta aún más el contraste entre el optimismo oficial y los reiterados fracasos de nuestras tecnoburocracias en sus intentos para dar respuesta a los crecientes problemas ambientales de nuestra región. La presencia simultánea de aquellas continuidades y estas ineficiencias, además, planteaba la necesidad de intentar la construcción de una perspectiva de análisis en el estudio de nuestra historia que nos facilitara entender mejor, en su origen y sus tendencias, el severo deterioro ambiental que hacia 1995 llevó al geógrafo Pedro Cunill a afirmar que el proceso de desarrollo ocurrido en la región entre 1930 y 1990 había desembocado en “transformaciones geohistóricas que han ocasionado como secuela ambiental el fin de la ilusión colectiva de preservar a Latinoamérica como un conjunto territorial con extensos espacios virtualmente vírgenes y recursos naturales ilimitados” (Cunill, 1996: 9)⁷.

Tareas cumplidas

De esta manera, cuando la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM me aceptó en 1992 en su programa de Doctorado en Estudios Latinoamericanos, me propuse trabajar -a partir de mi propia experiencia en programas de colonización del bosque tropical húmedo como funcionario del Ministerio de Desarrollo Agropecuario de Panamá- en la creación de un modelo teórico que pudiera contribuir al estudio en perspectiva histórica de los problemas ambientales de nuestra región. Para ello -y sin conocer aún el trabajo de autores como Donald Worster, Richard White, Alfred Crosby y James O’Connor- acudí a dos fuentes principales. Por un lado, a algunos aportes latinoamericanos tempranos, que esperaban quizás por una lectura de conjunto⁸; por otro, a nuestra tradición académica, con su énfasis en las nociones de estructura y proceso, y su concepción de los fenómenos a estudiar como expresión de las relaciones que subyacen tras ellos⁹.

En esta tradición, como sabemos, ser “objetivo” significa en lo más esencial ser lógicamente leal al “objeto de estudio” que ha sido definido como una “constelación de relaciones” que, por razones culturales, resultan especialmente significativas para el investigador. Esa “constelación”, a su vez, sólo expresa su verdadera riqueza de significado en cuanto se hace explícita su relación con el conjunto de la “galaxia” de conocimiento pertinente al campo de estudio en el que se trabaja, de lo que a su vez resulta una tensión característica entre la necesidad de construir conceptos muy específicos para el estudio, y la de producir resultados abiertos que puedan ser incorporados a visiones de la realidad tan integrales como sea posible.

De este modo, la “constelación” que yo buscaba debía ser establecida en el interior de una “galaxia” en la que lo ambiental se definiera por su relación con lo social, lo económico, lo político y lo cultural¹⁰. Esto, a su vez, me llevó a definir tres problemas básicos para la creación del modelo teórico en que deseaba trabajar. Esos problemas fueron:

La definición del campo de relaciones que resultara de la interacción entre las sociedades latinoamericanas y el medio natural en el que se desenvuelve su existencia, hecha en términos que facilitaran la identificación de un conjunto de categorías con las cuales interrogar a un amplio número de fuentes acerca del origen histórico de los problemas ambientales contemporáneos en la región.

La construcción, con la ayuda de las categorías así identificadas, de un conjunto articulado de preguntas a plantear al campo de relaciones previamente definido, cuyas respuestas permitieran caracterizarlo en sus distintas etapas de desarrollo.

La creación de un esquema de periodización que facilitara la organización de esas respuestas tanto en lo relativo a la caracterización de los rasgos básicos de cada etapa en el desarrollo del campo, como en la identificación de las relaciones de cambio y continuidad entre esas etapas a lo largo del tiempo.

Para la definición inicial del campo de estudio resultó de extraordinaria utilidad el concepto de “medio ambiente” elaborado por Osvaldo Sunkel en 1980: “el ámbito biofísico natural y sus sucesivas transformaciones, así como el despliegue espacial de las mismas” (Sunkel, 1980)¹¹. Esta perspectiva permitía concebir a una historia ambiental como el resultado de la investigación de los procesos de transformación artificial de “medio biofísico natural” y sus expresiones en el espacio, que resultaban de estilos de desarrollo sucesivos en una región dada. A partir de allá, se hacía necesario indagar en la identificación de los medios y tareas necesarios para el diálogo entre una historia ambiental concebida de tal manera, y otras disciplinas del campo de las ciencias humanas. Esto me llevó a distinguir en la “constelación” a la que había llamado “medio ambiente” tres campos de relación -el mundo natural, la sociedad y la producción- que en su interacción generaban además un cuarto campo, el de la cultura, entendida -con Antonio Gramsci- como una visión del mundo dotada de una ética acorde a su estructura, enfatizando lo estrecho de los vínculos entre la acción, el pensamiento y las creencias.

La historia ambiental emergió de esa interacción como parte de la cultura, dentro de la cual se constituye como un espacio de diálogo entre las ciencias que integran los campos de lo “humano” y lo “natural”, según la vieja división que todavía pervive de algún modo entre nosotros. Esa interacción entre lo natural, lo social y lo productivo, por otra parte, es diferente en sociedades diferentes, tanto a lo largo del tiempo común que todas comparten en la evolución de la especie humana, como en los “tiempos” que puedan coexistir dentro de una misma era histórica. En el caso del sistema mundial que conocemos hoy, por ejemplo, cabría afirmar que en sociedades que usualmente consideramos primitivas lo natural resulta hegemónico; en otras, subdesarrolladas pero bien organizadas, predomina la esfera de lo social -y lo hace además a niveles muy altos en tiempos de especial tensión, como en el Vietnam del Norte en las décadas de 1960 y 1970, y la Cuba de la década de 1990. Finalmente, en sociedades como las de la cuenca del Atlán-

tico Norte (y en Japón), la hegemonía parece corresponder a la esfera de lo tecnológico, que impone su lógica y sus necesidades a las otras dos.

Una interacción así, por supuesto, es por naturaleza conflictiva, y el equilibrio que resulte de ella es siempre transitorio y relativo a múltiples factores internos y externos al modelo, ya sea al nivel de cada sociedad, o al de las regiones en que esas sociedades existen. De este modo, por ejemplo, no existe verdadera contradicción entre el alto nivel de racionalidad en el campo de la tecnología en las sociedades noratlánticas y la (aparente) irracionalidad de la “economía de rapiña” que permite a las regiones periféricas abastecer al centro del sistema con recursos naturales y trabajo humano abundantes y baratos.

En este sentido, en lo que toca al problema que nos interesa, cabe preguntar por qué las esferas de lo natural, lo social, lo económico y lo cultural ingresan a un estado particular de (relativo) equilibrio en una sociedad, región o civilización dadas, cuáles son los límites de ese equilibrio, y cuál es el papel desempeñado por diferentes factores -económicos, culturales, políticos y naturales- en el proceso. De un modo más preciso, esto suponía hacer referencia a cinco problemas principales:

Los rasgos característicos del medio biofísico natural en su relación con las modalidades de artificialización de que es objeto a lo largo de etapas sucesivas.

Las formas de organización social y del espacio correspondientes a los estilos de desarrollo subyacentes tras esas modalidades de artificialización del medio natural, y sus correspondientes expresiones en paisajes característicos.

La racionalidad histórica de esos estilos, definida a partir de los propósitos que los animan, y de los conflictos internos y externos y las modalidades de ejercicio del poder que sus formas características de organización social han debido enfrentar y resolver en su desarrollo.

Las circunstancias que originan y orientan las transiciones entre esos estilos, incluyendo tanto las relativas a la creación de premisas sociopolíticas para el paso de uno a otro, como las que determinan la posibilidad de rearticulación de elementos de cada uno en los subsiguientes.

Los términos en que los factores antes mencionados explican y condicionan nuestras posibilidades de comprensión de los problemas ambientales contemporáneos en América Latina, y nuestras opciones de acción frente a esos problemas.

Desde el campo de relación así definido, procedimos a formular un esquema general de periodización que facilitara una visión de conjunto del proceso sometido a estudio. En el caso de la América que hoy llamamos latina -cuya conformación histórica se inicia tras su incorporación a la economía-mundo europea en el siglo XVI-, parece útil plantear ese esquema de periodización a partir de dos grandes fases, dos sub-fases adicionales dentro de cada una de ellas, y los períodos de transición entre unas y otras, todo lo cual se expresa en los siguientes términos:

Fase I: el desarrollo separado (¿20.000 a.C./Siglo XVI d.C.).

Subfase 1: del poblamiento original al desarrollo de la agricultura (20.000 a.C./7.000-5.000 a.C.).

Subfase 2: del desarrollo de la agricultura al surgimiento de estados tributarios de base agraria (900 a.C./siglo XVI d.C.).

Fase II: el desarrollo articulado a la economía-mundo europea y el mercado mundial (siglo XVI/siglo XX d.C.).

Subfase 3: el desarrollo en la periferia de la economía-mundo europea (siglo XVI/circa 1870).

Subfase 4: el desarrollo articulado al mercado mundial contemporáneo (circa 1870/2000).

Es evidente que este esquema señala apenas momentos en el desarrollo de estructuras de larga duración. Aun así, cada una de las fases y sub-fases indicadas se caracteriza por modalidades diferentes de organización social –asociadas por un lado a los propósitos que guiarán la relación con la naturaleza, y por otra a cambios demográficos, económicos y tecnológicos que dan lugar a una presión creciente sobre los recursos naturales-, que se expresan como grandes tendencias generales en el desarrollo histórico en los siguientes términos:

Fase I	Fase II
Desarrollo separado	Desarrollo articulado
Endodeterminado	Exodeterminado
Autosuficiente	Dependiente
Disperso	Centralizado
Diversificado	Especializado
De policultivo y recolección	De monoproducción

Utilizando la noción de “economía de rapiña” en lo que hace a la relación de las sociedades latinoamericanas con el mundo natural, y la de “sistema mundial” en lo que se refiere a las relaciones de estas sociedades entre sí y con las que hegemonizan sus economías, este esquema facilitó la creación de un esquema de interpretación de conjunto del proceso histórico que nos interesa.

En el marco de dicho esquema, una historia ambiental de América Latina ha de tomar en consideración las peculiaridades que marcan el proceso de formación del medio biofísico natural americano -al menos desde la formación del istmo de Pa-

namá y la unión de los componentes norte y sur del continente, hace entre cuatro y cinco millones de años-, y su poblamiento por humanos ya evolucionados hace unos veinte mil años. Las modalidades de relación con el medio natural a lo largo del período de desarrollo separado permitieron sustentar procesos civilizatorios muy diversos, a partir de una base ecológica que combinaba de manera muy eficiente la agricultura con la recolección, cuya influencia en los desarrollos socioculturales de esas civilizaciones aún está pendiente de verdadera evaluación¹².

El paso al desarrollo articulado en la economía-mundo europea a partir del siglo XVI alteró sustancialmente tanto aquella base ecológica como las modalidades de relación con el mundo natural asociadas a la misma, inaugurando una situación que combinaba la producción diversificada para el autoconsumo y el mercado interior en amplias extensiones, con la producción especializada para el mercado exterior en enclaves bien delimitados, que pasaron a ser objeto de las formas más primitivas de economía de rapiña que ha conocido la región¹³.

Esa combinación de producción “tradicional” para el propio consumo y producción “especializada en enclaves” para el mercado exterior se prolonga, como rasgo relevante, en la relación “sociedad-mundo natural” hasta la década de 1880 cuando, mediante el ingreso masivo de capitales y tecnología provenientes del mundo noratlántico a partir de las condiciones creadas por el triunfo de la Reforma Liberal -en particular, mercados de tierra y de trabajo-, se establecen las premisas que harán de la economía de rapiña la forma hegemónica de relación con la naturaleza hasta nuestros días.

Este último período histórico constituye el punto de partida usual en los análisis de corte tecnoburocrático que dedican algún interés a los antecedentes históricos de nuestros problemas ambientales contemporáneos, sobre todo en lo que hace a la subfase que se inaugura a partir de la gran crisis de 1930 y con el inicio de la llamada industrialización por sustitución de importaciones. De este modo, por ejemplo, incluso un libro en tantos sentidos tan valioso como *Medio Ambiente y Desarrollo en América Latina - Una visión evolutiva*, dedica apenas veinticuatro de sus doscientas treinta y un páginas al examen de lo que va del poblamiento original de las Américas a la consolidación del llamado “modelo de crecimiento hacia fuera”¹⁴.

Sin embargo, cada vez es más evidente la necesidad de una visión más amplia, sobre todo en su capacidad de ubicar las rupturas que permiten identificar períodos históricos distintos y sucesivos en su relación con las continuidades que otorgan unidad y sentido al proceso histórico en su conjunto. La atención a esta necesidad resulta imprescindible para plantear la crisis que enfrentamos en su dimensión y significado más trascendentales y define, por tanto, algunas de las principales tareas pendientes en la construcción de una historia ambiental latinoamericana.

Tareas pendientes

Estamos en el mundo y cambiamos con él, sin duda. El problema radica en establecer nuestro papel en cada uno de los momentos de ese cambio. Es evidente en ese sentido, por ejemplo, que nuestros problemas ambientales forman parte de una crisis más amplia, que carece de verdaderos precedentes en la historia de nuestra especie. En efecto, las crisis ambientales del pasado -en la Mesopotamia, en Mesoamérica, o en la cuenca del Mediterráneo- tuvieron un carácter local o regional, afectaron modalidades específicas de relación con la naturaleza, y se desarrollaron de manera gradual. La de nuestro tiempo, en cambio, tiene un alcance global; afecta a todas las modalidades contemporáneas de relación de los humanos con el mundo natural; se desarrolla con intensidad creciente; y además, se torna ya en una crisis ecológica a través de procesos como el desgaste de la capa de ozono, el calentamiento de la atmósfera, la pérdida de biodiversidad y la contaminación masiva del aire, el agua y los suelos del planeta.

Los hechos de esta crisis -en particular, su capacidad para combinar el crecimiento económico con el deterioro social y la degradación ambiental- han contribuido de manera decisiva a poner en cuestión la vieja teoría del desarrollo¹⁵. En la práctica, lo que hoy se entienda por “desarrollo” en América Latina ha dejado ya de sugerir la necesidad de algún tipo de vínculo deseable entre el crecimiento económico, el bienestar social, la participación política y la autodeterminación nacional, por no hablar de una relación más responsable con el mundo natural. Más aún, si entre las décadas de 1950 y 1970 la expresión “países en desarrollo” significó a un tiempo una modalidad específica de relación entre las naciones de la periferia y las del centro del sistema mundial, y una asignación de sentido a esa relación, eso pertenece ya al pasado.

Nada expresa de manera tan dramática esa crisis de pensamiento como el desplazamiento de la teoría del desarrollo por los llamados a luchar por un desarrollo humano sostenible, que a fin de cuentas no expresa sino la inviabilidad, en el marco del sistema mundial realmente existente, de las nobles metas que aquella teoría alguna vez propuso. En este sentido, aún con toda su ambigüedad, la demanda de un desarrollo humano sostenible apunta a una necesidad verdadera, que a fin de cuenta sólo podrá ser resuelta transformando la circunstancia que la origina. En esto han venido a coincidir, por otra parte, segmentos cada vez más amplios de los movimientos ambientalistas de ambas partes del hemisferio que, al vincular la lucha contra la degradación ambiental a la crítica al deterioro social, ponen en cuestión las formas dominantes en la organización del sistema mundial.

De este modo, y ante las características ya indicadas de la crisis contemporánea, tanto la sustentabilidad como el desarrollo han venido a ser nociones sujetas a un proceso de replanteamiento que discurre a lo largo de un diálogo entre culturas obligadas a reconocerse en sus afinidades y diferencias si desean sobrevivir. Es mejor, con toda evidencia, que ese diálogo resulte del ejercicio de una volun-

tad consciente que del choque inevitable entre realidades y demandas antagónicas. Para ello –y en particular en el caso del hemisferio que habitamos- resulta imprescindible facilitar la comprensión de la historicidad del debate en que el diálogo tiene lugar para contribuir a llevarlo más allá de su tendencia a encarar el deterioro ambiental como el resultado de un manejo poco eficiente de los recursos naturales, antes que como un problema que pone en evidencia la necesidad de entender de manera nueva el origen y la racionalidad de las formas de relación con la naturaleza que sustentan al modelo de crecimiento económico vigente.

En un debate así historizado, corresponde a una historia ambiental latinoamericana la tarea de caracterizar las diferencias entre nuestros ambientalismos y los de las sociedades noratlánticas, para facilitar la identificación de las presencias y ausencias en el diálogo, y la adecuada evaluación de aquella pluralidad sin la cual América Latina no podrá aportar ideas e iniciativas realmente nuevas en la búsqueda de mecanismos globales de cooperación. Porque ocurre que, en efecto, en ambos mundos está planteada ya la demanda de un *ethos* nuevo, distinto y antagónico al de la economía de rapiña, en el que un uso previsor de los recursos naturales se vincule a la necesidad de incorporar a las mayorías sociales a la solución de sus propios problemas, en particular aquellos en los que la pobreza y la marginación social y política contribuyen a hacer aún más graves los procesos de deterioro que ya afectan al mundo natural de la región.

Este tipo de coincidencias entre ambos mundos constituye una reserva aún poco conocida de elementos que, sin duda, facilitarán mucho el diálogo entre nosotros mismos y con aquellos que enfrentan problemas y preocupaciones de origen semejante en sus propias regiones. Por lo mismo, la incorporación de esa reserva cultural al debate en curso se ha convertido ya en una tarea –tan urgente como fascinante- que espera por las contribuciones de un amplio número de disciplinas de las ciencias humanas y naturales de nuestra región¹⁶. Y esto, en América Latina, supone en primer término rescatar la legitimidad negada por los estados oligárquicos de ayer y de hoy a las múltiples expresiones del ambientalismo popular a que se refieren autores como Fernando Mires (1990), y superar finalmente la escisión que, tanto en lo cultural como en lo social y lo económico, caracteriza a nuestras relaciones con el mundo natural.

Todo esto implica que una historia ambiental latinoamericana deberá desarrollarse a sí misma a través del impulso por avanzar mucho más en la continuación de los esfuerzos pioneros de autores como Nicolo Gligo y Jorge Morello, entre nosotros, y Donald Worster, Alfred Crosby y Richard Grove, en el mundo noratlántico, entre muchos otros¹⁷. Y eso significa, también, la búsqueda de nuevas formas de comunicación y colaboración entre las ciencias naturales y las humanas, de modo que resulte posible combinar sus aportes en un nuevo tipo de empresa intelectual, capaz de apuntar a un problema aún más amplio, y a una promesa todavía más rica.

Parece ser, en efecto, que los académicos de América Latina no estamos solos en la pérdida creciente de nuestra capacidad para ejercer el modo ecuménico de aprendizaje y razonamiento que caracterizó en otros tiempos a hombres como José Martí y Charles Darwin, para señalar ejemplos en ambas riberas del Atlántico, o del propio Martí y Henry David Thoreau, para mencionarlos en este hemisferio. Y, sin embargo, el tipo de desafíos que enfrentamos hoy está creando con rapidez una nueva circunstancia que podrá contribuir a restaurar a las ciencias humanas en el lugar que merecen como eje fundamental de la cultura creada por nuestra especie.

Para que ello llegue a ser posible, hoy es más necesario que nunca que empecemos a trabajar con aquellos que podrían facilitarnos el conocimiento de lo que para nosotros es aún el lado oculto de la cultura ecológica del norte. Aquella que se permite plantear la necesidad de enfrentar el hecho de que “a pesar de toda la retórica en contrario, no se puede tener lo mejor de dos vidas posibles -no es posible maximizar la riqueza y el predominio, y maximizar al mismo tiempo la democracia y la libertad. El desdén por reconocer este hecho ha sido un rasgo característico de los Estados Unidos y del conjunto de Occidente, derivado de la inocencia y las ensoñaciones de la juventud. Pero ya no puede ser así. Es necesario hacer una clara opción consciente” (Worster, 1992: 334).

Así definido, ese diálogo facilitaría mucho la identificación de los obstáculos y oportunidades de orden político y cultural para una cooperación internacional que pudiera incluir a las sociedades involucradas, y no sólo a sus gobiernos. Se trata, en breve, de hacer -y no sólo de escribir- una historia planetaria capaz de ir más allá de la tendencia, hoy dominante, a considerar a la biosfera como un mero contexto para el desarrollo de relaciones económicas y políticas entre las sociedades humanas.

Una perspectiva a un tiempo ambiental e histórica como ésta podrá ser, de hecho, la más adecuada para promover una política de colaboración internacional capaz de enfrentar el deterioro de la biosfera con el énfasis que requieren los problemas asociados al reparto equitativo de costos, beneficios y esfuerzos entre las regiones involucradas. Y esto no sería poca cosa en una circunstancia marcada por el conflicto creciente entre la capacidad cada vez mayor de identificación y previsión de problemas que nuestra civilización ha logrado en el plano del conocimiento, y su creciente incapacidad para producir reacciones políticas de alcance equivalente.

Este programa de trabajo, si llega a ejecutarse, tendría que ser traducido a una pluralidad de iniciativas de investigación, debate y organización, conservando siempre su carácter multidisciplinario mediante un enfoque que combine a un tiempo la investigación histórica de largo plazo hacia el pasado y el análisis de las tendencias de mediano plazo en el desarrollo de los acontecimientos que la crisis ha puesto en marcha. En tanto seamos capaces de actuar en este sentido como

gente de cultura, comprometida con la sobrevivencia y el bienestar de nuestras sociedades, habremos contribuido a la solución de uno de los grandes problemas de nuestra región en nuestro tiempo. Como latinoamericanos, además, habremos sabido atender a la advertencia que nos legara Simón Bolívar en el contexto de otra crisis, también decisiva en nuestra historia: “Ala sombra de la ignorancia trabaja el crimen”. Y no cabe duda que, sabiendo al menos cuánto está aún por ser hecho, dejar de hacer será el crimen mayor de nuestro tiempo.

Bibliografía

- Bagú, Sergio 1989 *Tiempo, Realidad Social y Conocimiento* (México: Siglo XXI).
- Banco Interamericano de Desarrollo, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo 1991 *Nuestra Propia Agenda sobre Desarrollo y Medio Ambiente* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Brailovsky, Antonio y Dina Foguelman 1997 *Memoria Verde. Historia ecológica de la Argentina* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana).
- Braudel, Fernand 1986 *La Dinámica del Capitalismo* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Brunhes, Jean 1953 (1910) *La Geografía Humana* (Barcelona: Editorial Juventud) Edición abreviada por Mme. M. Jean-Brunhes Delamarre y Pierre Deffontaines.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) 1991 *Balanza Preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe (1991)* (Santiago de Chile).
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) 1991 *El Desarrollo Sustentable: Transformación Productiva, Equidad y Medio Ambiente* (Santiago de Chile).
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) 1992 “Antecedentes y propuestas para un desarrollo ambientalmente sustentable”, en *CEPAL. Reseñas de Documentos sobre Desarrollo Ambientalmente Sustentable* (Santiago de Chile) Serie INFOPLAN: Temas Especiales del Desarrollo, 21.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) 2000 “Síntesis”, en *Panorama Social de América Latina, 1999-2000*, en www.eclac.org.
- Crosby, Alfred 1990 *Ecological Imperialism. The biological expansion of Europe, 900-1900* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Cunill, Pedro 1996 *Las Transformaciones del Espacio Geohistórico Latinoamericano, 1930-1990* (México: Fondo de Cultura Económica).
- García Martínez, Bernardo y Alba González Jácome (compiladores) 1999 *Estudios sobre Historia y Ambiente en América Latina* (México: El Colegio de México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia) Tomo 1: Argentina, Bolivia, México, Paraguay.
- Gligo, Nicolo y Jorge Morello 1980 “Notas sobre la historia ecológica de América Latina”, en Sunkel, O. y N. Gligo (compiladores) *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina. El Trimestre Económico* (México: Fondo de Cultura Económica) N° 36, 2 tomos.

Grove, Richard 1990 "Colonial conservation, ecological hegemony and popular resistance: towards a global synthesis", en *Imperialism and the Natural World* (Manchester and New York: Manchester University Press).

Grove, Richard 1992 "Origins of Western Environmentalism", en *Scientific American* Vol. 267, N° 1, July.

Herrera, Ligia 1990 "El impacto sobre el medio ambiente de las actividades ganaderas en Panamá", en *Cuadernos Nacionales. Medio Ambiente y Desarrollo en Panamá* (Panamá: Universidad de Panamá, Instituto de Estudios Nacionales) N° 4, Mayo.

Jaén Suárez, Omar 1978 *La Población del Istmo de Panamá. Del siglo XVI al siglo XX* (Panamá: edición del autor).

Jaén Suárez, Omar 1981 *Hombres y Ecología en Panamá* (Panamá: Editorial Universitaria, Smithsonian Tropical Research Institute).

Jované, Juan 1992 *Ajuste y Medio Ambiente* (Panamá: CECADES).

Míres, Fernando 1990 *El Discurso de la Naturaleza. Ecología y política en América Latina* (San José de Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones).

Olivier, Santiago R. 1986 *Ecología y Subdesarrollo en América Latina* (México: Siglo XXI).

Ortiz de Montellano, Bernardo 1993 *Medicina, Salud y Nutrición Aztecas* (México: Siglo XXI).

Ortiz Monasterio, Fernando; Fernández, Isabel; Castillo, Alicia; Ortiz Monasterio, José y Alfonso Bulle Goyri 1987 *Tierra Profanada. Historia Ambiental de México* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología).

Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) 2000 *GEO 2000. Perspectivas del Medio Ambiente* (San José de Costa Rica).

Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU) 1990 *Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina. Una visión evolutiva* (Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo) 20-21.

Quijano, Aníbal 1992 "Colonialidad y modernidad-racionalidad", en Bonilla, Heraclio (compilador) *Los Conquistados. 1492 y la población indígena de las Américas* (Colombia: Tercer Mundo Editores, FLACSO Ecuador, Ediciones Libri Mundi).

Rosenthal, Gert 1993 “Sección Ideas”, en *Excelsior* (México, D.F.) 9 de Noviembre.

Sunkel, O. y N. Gligo 1980 (compiladores) *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina. El Trimestre Económico* (México: Fondo de Cultura Económica) N° 36, 2 tomos.

Sunkel, Osvaldo 1980 “Introducción. La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina”, en *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina. El Trimestre Económico* (México: Fondo de Cultura Económica) N° 36, 2 tomos.

Tudela, Fernando 1991 “Diez tesis sobre desarrollo y medio ambiente en América Latina y el Caribe”, en *Ecológicas* (México) Boletín Bimestral del Instituto Autónomo de Investigaciones Ecológicas A.C., Año 2, Vol. 2, Septiembre/Octubre, 14-16.

Wallerstein, Immanuel 1989 *El Moderno Sistema Mundial* (México: Siglo XXI) 2 T.

Wallerstein, Immanuel 1992 *Geopolitics and Geoculture* (París: Cambridge University Press, Cambridge; Editions de la Maison des Sciences de L’Homme).

Worster, Donald 1990 “Transformations of the Earth: Toward an Agroecological Perspective in History”, en *Journal of American History*, March.

Worster, Donald 1992 *Rivers of Empire. Water, aridity and the growth of the American West* (Oxford: Oxford University Press).

Notas

1 La expresión ha sido tomada de Brunhes (1953). El autor, a su vez, elaboró el concepto a partir de su previa formulación como “*tropikal raubwirstchaft*” por geógrafos alemanes a fines del siglo XIX.

2 El autor agregaba enseguida que nadie “puede negar que el costo social del ajuste económico ha sido muy elevado”.

3 Un caso particularmente impactante, por ejemplo, era (y es) el de la deforestación de América Latina, que entre 1960 y 1990 había afectado unos 2 millones de km² -equivalentes a la totalidad del territorio mexicano- y continuaba a una tasa cercana a los 50 mil km² por año. Combinada con técnicas inadecuadas de utilización y conservación de suelos, la deforestación había contribuido además a que, a principios de la década de 1980, unos 2,08 millones de km² de territorio -equivalentes al 10% de la superficie total de la región- se encontraran “en proceso moderado o grave de desertificación” (PNUM,

AECI y MOPU, 1990: 20-21). Otro caso relevante en esta documentación fue BID y PNUD (1991).

4 La edición en línea del informe general puede obtenerse en www.grida.no/geo2000.

5 Se utiliza aquí la noción de sistema mundial a partir de su elaboración por Wallerstein (1989 y 1992), y de la discusión del primero de esos textos por Braudel (1986).

6 Desde azúcar a petróleo, todos provenientes del sector primario-exportador de nuestras economías (CEPAL, 1991).

7 En el caso de Panamá, por ejemplo, la Dra. Ligia Herrera, geógrafa, ha señalado el hecho de que se hubiera destruido tanta selva tropical entre 1950 y 1980 como entre 1550 y 1950, creándose ya la posibilidad de que la cobertura boscosa del país se vea severamente reducida para el año 2000. Por supuesto, la explicación más sencilla consiste en culpar de esa destrucción a la ignorancia y la irresponsabilidad de los campesinos. Sin embargo, la investigación de la Dra. Herrera demostraba que los principales agentes de esa devastación eran en realidad los grandes terratenientes dedicados a la ganadería extensiva, y que el predominio de esa actividad se encontraba íntimamente vinculado en sus formas, sus propósitos y sus ritmos de desarrollo a la manera en que la vida económica, social y política del país habían venido siendo organizadas a partir de la construcción del Canal de Panamá por el estado norteamericano. Aun así, el problema distaba mucho de agotarse en ese nivel, se proyectaba mucho más hacia el pasado y, ciertamente, no era exclusivamente panameño, sino latinoamericano, ni meramente económico, sino -y al propio tiempo- social, político y cultural (Herrera, 1990). Hay importantes observaciones también en Jaén Suárez (1978 y 1981).

8 Por ejemplo: Gligo y Morello (1980); Olivier (1986); Ortiz Monasterio, Fernández, Castillo, Ortiz Monasterio Bulle Goyri (1987). Ejemplos más recientes incluyen a García Martínez y González Jácome (1999) y Brailovsky y Fogelman (1997).

9 Al respecto, por ejemplo, Bagú (1989).

10 Esto es, integrada por un conjunto de campos de estudio como los formados por: a) una forma característica de organización de los seres humanos con vistas a producir y reproducir su propia existencia, a la que normalmente designamos como “la sociedad”; b) una forma característica de organización de las relaciones de producción, intercambio y consumo internas y externas a esa sociedad, a la que normalmente designamos como “la economía”; c) una forma peculiar de institucionalización de las relaciones de poder asociadas a aquella organización social y económica, y de ejercicio del poder así institu-

cionalizado por quienes lo detentan -o de lucha por obtenerlo por quienes están excluidos del mismo-, a la que normalmente llamamos “la política”; d) una forma característica de conciencia de sí de esa sociedad, y de sus relaciones con otros grupos humanos y con el mundo natural, capaz de expresarse en conductas y manifestaciones materiales características, a la que usualmente llamamos “la cultura”; e) una forma característica de organización y desarrollo de las relaciones entre esa sociedad y su ámbito natural, a la que -en este caso y para estos propósitos de estudio- llamamos “ambiente humano”.

11 Se trata del más valioso aporte temprano a la discusión del tema en la región, de consulta imprescindible a veinte años de haber sido publicado.

12 Dos ejemplos recientes de esta evaluación nueva de aquel proceso civilizatorio son, en el plano ecoantropológico y en el cultural, Ortiz de Montellano (1993) y Quijano (1992).

13 Un caso característico aquí es el del desarrollo de la economía de plantación, asociada a la explotación del trabajo esclavo. Las consecuencias de largo plazo van desde la conformación de regiones socioculturales completas teñidas por la ambigüedad, pero no por ello menos tangibles -como aquella a la que se alude en la observación de que el Caribe está donde la esclavitud estuvo-, hasta la formación de paradigmas de vasto alcance económico y científico, como el que identifica al monocultivo masivo como la forma más eficiente de explotación agrícola en los trópicos.

14 Otro es el caso de *El Desarrollo Sustentable: Transformación Productiva, Equidad y Medio Ambiente*, en su momento el documento insignia de la CEPAL en el debate, cuyo examen de los antecedentes del problema que trata se remonta apenas a 1971 (1991[a]: 15-17).

15 Ya en 1980 Osvaldo Sunkel definía el desarrollo, en la perspectiva de sus relaciones con el medio ambiente, como “un proceso de transformación de la sociedad caracterizado por una expansión de su capacidad productiva, la elevación de los promedios de productividad por trabajador y de ingresos por persona, cambios en la estructura de clases y grupos y en la organización social, transformaciones culturales y de valores, y cambios en las estructuras políticas y de poder, todo lo cual conduce a una elevación de los niveles de vida”, agregando enseguida que tal definición intentaba “resumir procesos reales” para “identificar como ‘desarrollo’ un estilo internacional ascendente que (...) contiene muchos rasgos negativos y peligros para el futuro” (Sunkel, 1980: 10-11).

16 Y no es la menor de las dificultades que presenta esta tarea que, para ser lograda, deba ser asumida en términos muy distintos a los que caracterizan la racionalidad de nuestras burocracias gubernamentales, tan proclives siempre a encerrarse a sí mismas -y a sus sociedades- en la búsqueda de soluciones

“prácticas”, de corto plazo, bajo costo y buena imagen en los medios de comunicación.

17 De especial importancia, en esta perspectiva, es el ensayo de Worster (1990). La obra más conocida de Crosby es *Ecological Imperialism. The biological expansion of Europe, 900-1900* (1990). De Grove cabe citar aquí ensayos como “Colonial conservation, ecological hegemony and popular resistance: towards a global synthesis” (1990) y “Origins of Western Environmentalism” (1992), en los que destaca el papel del colonialismo europeo de los siglos XVIII y XIX en África, Asia y América Latina en la conformación del ambientalismo en tanto que movimiento social y cultural.

